

COMO SI FUERAN ÁNGELES

Es verdad que cuando muere un ave
una ternera rota deja el cielo,
está la nube huérfana y la estrella
siente que se ha quebrado
el pedazo de luz que la sostiene.
Que el cierzo se estremece, se diría
que el pájaro vencido
era mirada y brújula del viento;
sus pasos de ballet dejaban músicas
en el ladrido que es el sol de agosto
y la lluvia, sin él, aún es más triste,
todavía es más lágrima
caída de la rama
donde esas patas mínimas, festivas,
dejaban en su piel
danzarinas caricias fugitivas.

Y palabras que solo, aupadas en sus alas,
florecían

(palabras como *patria, ternura, libertad...*)

pasan a ser un poco menos limpias,

un poco más mentira.

Es bien sabido

que no es fiel la memoria de la nieve,

que cuando cae, pausada,

solo la libra de su desamparo

el ave,

daga herida que hiere y la recorre,

y no se sabe bien

si acaso es polizón en la blancura

o solo si suspiro

nafragado.

Es verdad que cuando muere un pájaro

deja una cicatriz sobre el paisaje

y hace que nos sintamos

algo más extranjeros;

y su peso, tan leve como un eco,

sobre la tierra crece

como crece la onda

de la piedra lanzada sobre el agua;

la luz se sobrecoge y la recorre

un pedazo de invierno.

Es esa misma luz

que los pájaros portan en sus picos

para encender el alba

(es por eso la noche siempre triste:

porque las sombras quiebran

las sorpresas del trino y lo enmudecen).

Los ojos de los pájaros
recuerdan demasiado a los ojos de un niño:
alternan los recelos
con las sábanas limpias del asombro.
Nunca sobre ellos se detiene el tiempo
ni se pierden buscando
los puntos cardinales al espejo.
Por eso cuando el ave
ve próximo su fin y su destierro
(sería de justicia si hablamos de los pájaros
adoptar en su honor la palabra *descielo*)
a la luz y a la nube regresa su mirada
y la atrapa con ansia
y lentamente cierra sus párpados, ya yelo,
y se deja dormir, por siempre,
cielo adentro.